LA COMUNIDAD QUE VIENE

Giorgio Agamben

Traducción de
José Luis Villacañas, Claudio La Rocca
y Ester Quirós

PRE-TEXTOS

Índice

I. Cualsea ... 11
II. Del limbo ... 13
III. Ejemplo ... 15
IV. Tener lugar ... 17
V. *Principium individuationis* ... 21
VI. Solaz ... 25
VII. *Maneries* ... 29
VIII. Demoníaco ... 33
IX. Bartleby ... 35
X. Irreparable ... 39
XI. Ética ... 41
XII. *Collants Dim* ... 43
XIII. Aureola ... 47
XIV. Seudónimo ... 51
XV. Sin clases ... 53
XVI. Afuera ... 57
XVII. Homónimos ... 59
XVIII. Shejiná ... 65
XIX. Tienanmen ... 69
Lo irreparable ... 73
Apostilla de 2001 ... 91
Notas ... 95

LA COMUNIDAD QUE VIENE

I
Cualsea[1]

El ser que viene es el ser cualsea. En la enumeración escolástica de los trascendentales (*quodlibet ens est unum, verum, bonum seu perfectum,* cualquiera ente es uno, verdadero, bueno o perfecto), el término que condiciona el significado de todos los demás, a pesar de quedar él mismo impensado en cada caso, es el adjetivo *quodlibet*. La traducción habitual en el sentido de «no importa cuál, indiferentemente» es desde luego correcta, pero formalmente dice justo lo contrario del latín: *quodlibet ens* no es «el ser, no importa cuál», sino «el ser tal que, sea cual sea, importa»; este término contiene ya desde siempre un reenvío a la voluntad (*libet*): el ser cualse-*quiera* está en relación original con el deseo.

El cualsea que está aquí en cuestión no toma, desde luego, la singularidad en su indiferencia respecto a una propiedad común (a un concepto, por ejemplo: ser rojo, francés, musulmán), sino sólo en su ser *tal cual es.* Con ello, la singularidad se desprende del falso dilema que obliga al conocimiento a elegir entre la inefabilidad del individuo y la inteligibilidad del universal. Pues lo inteligible, según la bella expresión de Gerson[2], no es ni el universal ni el individuo en cuanto comprendido en una serie, sino «la singularidad en cuanto singularidad cualsea». En ésta, el ser-*cual* está recobrado fuera de su tener esta o aquella propiedad, que identifica su pertenencia a este o aquel conjunto, a esta o aquella clase (los rojos, los franceses o los musulmanes); el ser-*cual* está retomado no respecto de otra clase o respecto de la simple ausencia genérica de toda per-

tenencia, sino respecto de su ser-*tal*, respecto de la pertenencia misma. Así, el ser-*tal* que permanece constantemente escondido en la condición de pertenencia (existe un x *tal que* pertenece a «y») y que en modo alguno es un predicado real, sale él mismo a la luz: la singularidad expuesta como tal es *cual*-se-quiera, esto es, amable.

El amor no se dirige jamás hacia esta o aquella propiedad del amado (ser blanco, pequeño, dulce, cojo), pero tampoco prescinde de él en nombre de la insípida abstracción (el amor universal): quiere la cosa *con todos sus predicados*, su ser tal cual es[3]. El amor desea el *cual* sólo en tanto que es *tal* y éste es su particular fetichismo. Así, la singularidad cualsea (lo Amable) no es jamás inteligencia de algo[4], de esta o aquella cualidad o esencia, sino sólo inteligencia de una inteligibilidad. Ese movimiento, que Platón describe como la anamnesis erótica, transporta el objeto no hacia otra cosa y otro lugar, sino a su mismo tener lugar, hacia la Idea.

LO IRREPARABLE

Advertencia

Estos fragmentos pueden ser leídos como un comentario al §9 de *Ser y Tiempo* de Heidegger y a la proposición 6. 44 del *Tractatus* de Wittgenstein. En ambos textos, lo que se pone en cuestión es el intento de definir el viejo problema de la metafísica, la relación entre esencia y existencia, *quid est* y *quod est*. Si, y en qué medida, estos fragmentos, a pesar de su evidente fragmentariedad, llegan a pensar ulteriormente esta relación, que la escasa propensión de nuestro tiempo por la ontología (la filosofía primera) ha dejado apresuradamente de lado, resultará claro sólo a un pensamiento que sepa situarlos sobre este trasfondo.

APOSTILLA DE 2001

NOTAS A LA TRADUCCIÓN